LIMITADOS

Que los “límites” sean una de las principales ventajas de la vida debiera ser recordado siempre.
De hecho es sorprendente que alguien quiera abolirlos o simplemente desconocerlos o dejarlos de lado.
Si se produce un desconocimiento de fronteras (que son “límites”) eso significa la guerra entre dos o más países. Los países limítrofes definen la figura de nuestro país. Y ese respeto asegura la paz. También entre las personas si no hubiese límites se desencadenaría la ley de la selva y la guerra permanente. Lo comprobamos cuando esos límites no se respetan y la ley es violada.

Los límites son los que nos definen y van a determinar toda nuestra vida. Por empezar tenemos límites temporales, ya que la vida en este mundo por larga que sea no será eterna. Límites espaciales, ya que no podemos estar en varios lugares al mismo tiempo. Límites en cuanto a las actividades de la vida cotidiana, porque el tiempo no alcanza para todo lo que deseamos hacer. Límites familiares, porque pertenecemos a determinada familia y no a otra. Cualquier actividad sin un “límite” resulta siendo insoportable. Algo sin límite termina siendo una deformidad: un parque sin poda se transforma en selva; una persona sin límites se convierte en un monstruo.
Si esos límites se borran o debilitan transitamos caminos oscuros y violentos. Ya hablamos de la guerra entre países cuando se borran las fronteras, o de la violencia delincuente cuando se derriten los límites de la ley.
Al contrario de lo que puede llegar a ilusionarnos, sin límites quedamos desorientados y a la deriva. La libertad sin límites no es más que un espejismo, porque lo que asegura la libertad es precisamente el límite. Destinados a la autodestrucción, el límite es nuestra tabla de salvación, porque nos constituye y nos fortalece en lo que somos. Perdidos en una supuesta libertad ilimitada, seríamos presa fácil de cualquier tiranía, sea de ideas aberrantes, sea de personas dispuestas a imponer cualquier absurdo.
Sabiendo entonces que nuestra libertad consiste en actuar sujetos a nuestros benditos límites, no dejemos de cuidarlos y amarlos, porque son nuestros mejores aliados. Una vida más humana, más plena y con horizontes más extensos solamente se logra asumiendo nuestros límites.

VÉRTICE CULTURAL “RAMON ISMAEL BARBÁ”

Boletín de Distribución Gratuita.

Directora: NORMA J.BARBA

Diseño Gráfico: Mariana Muriago

Todos los Boletines de Vértice Cultural están disponibles en www.museodelcarnaval25.com.ar

Vértice Cultural

Ramón Ismael Barbá

9 y 304, Veinticinco de Mayo (PBA) • www.museodelcarnaval25.com.ar
Tel. 02345.15.68.6630 • Museo Del Carnaval 25 De Mayo

Boletín de distribución gratuita.

septiembre - octubre 2023

119

De la humildad

“La humildad, cuando es auténtica y sincera, conmueve desde la sencillez. Ya en su etimología nos refiere a lo esencial, a la tierra. Porque la palabra humildad procede del latín *humilis* y ésta a su vez de humus: aquello de lo que la naturaleza se desprende y que a su vez la enriquece, la fertiliza y la hace crecer.

Caravaggio: David y Goliat
Humilitas Occidit Superbiam

La humildad nos habla de liberarnos de lo accesorio para poder desarrollar lo esencial. Nos invita también a darnos cuenta de que precisamente son nuestras limitaciones las que nos hacen humanos y que gracias a ellas podemos tomar conciencia de lo que nos queda por hacer y por crecer. Por ese motivo, la expresión sincera de la humildad no es signo de ingenuidad o debilidad, más bien todo lo contrario: lo es de lucidez y de fuerza interior”.
Lejos de ser frágil, la humildad nos muestra la grandeza de la persona que la manifiesta, precisamente porque nace del sentimiento de la propia insuficiencia: siempre hay algo o alguien de quien aprender, siempre es posible hacer las cosas mejor, siempre uno puede cuestionarse el valor y sentido de lo que está haciendo en su vida personal y profesional, y desde allí enfrentar nuevos retos, desarrollar nuevas habilidades, aprender nuevas lecciones o construir nuevos puentes.” Álex Rovira.

“Con la democracia se come, se educa, se cura”

Este 2023 se cumplen 40 años del retorno de la democracia, el 10 de diciembre de 1983. Sería bueno entonces observar el camino recorrido para ver en qué punto del mismo nos encontramos: ¿hemos avanzado algo? ¿estamos en el mismo punto? ¿o, lo que sería mucho peor, hemos retrocedido?

La pregunta es si nos hemos mantenido fieles a esos altos ideales democráticos, aunque en sentido estricto más que la “democracia”, debemos celebrar la “república”.

Esos ideales, como en un espejo, se reflejan en realidades. El punto es cuán deforme nos devuelve la imagen ese espejo.

Hace 40 años, la Constitución de 1853, que nos permitió ser contados entre los principales países del mundo civilizado, volvía a estar plenamente vigente. Y casi como una reliquia desenterrada de los escombros, volvíamos a descubrir el Preámbulo de esa Constitución olvidada: palabras luminosas llegaban a nuestros oídos: unión nacional, paz interior, defensa común, bienestar general, libertad, Dios, razón, justicia. ¡Cuánta alegría y cuanta ilusión en este nuevo despertar! ¡Cuánta confianza y optimismo!

Aprendimos ese Preámbulo de memoria, resuenan en nuestro interior esos ideales republicanos, pero debemos considerar qué tanto se han encarnado en nuestra realidad 40 años después.

Porque solemos encontrarnos en las palabras y desencontrarnos en las realidades. Porque toda palabra conlleva también el riesgo de la falsedad. Y podemos ser fieles a los proyectos y al camino, pero también traicionarlos. Y entonces llega la desilusión, los sueños destrozados, el hastío.

Si hablamos de libertad, trabajo, comercio y educación, pero nos hallamos limitados todo el tiempo por mil restricciones arbitrarias, nos cercan graves preocupaciones por la subsistencia cotidiana, nos acosan los conflictos de una sociedad deprimida, aturdidos por palabras que perdieron todo valor, sin duda esos ideales y realidades no van a significar nada para nosotros; quiere decir que el espejo se ha deformado.

Libertad, igualdad, derechos y deberes, imperio de la ley, Revolución de Mayo, democracia, república, son palabras y realidades que solamente pueden ser comprendidas, experimentadas y vividas por ciudadanos plenos, respetuosos del orden, amantes de lo verdadero, promotores del respeto mutuo, disciplinados en el trabajo físico y mental, prontos al sacrificio y la abnegación, ilustrados en las tradiciones de la Patria.

Temo nos quedemos cortos de palabras al intentar expresar estas realidades que en última instancia requieren de una sosegada reflexión interior, sin ruido ni estrépito, para ser aprendidas.

Si estos 40 años no son celebrados por ciudadanos plenos como los antes descriptos, seguimos profiriendo vano palabrerío.

De “democracia” y gobierno del pueblo habremos pasado a “logocracia”, gobierno de las palabras, discursos y relatos vacíos de realidad.

Decía el primer presidente del retorno a la democracia, don Raúl Ricardo Alfonsín, el 10 de diciembre de 1983, en su discurso de asunción ante la Asamblea Legislativa: “Con la democracia no solo se vota, sino que también se come, se educa y se cura”.

Por desgracia, el espejo nos devuelve la imagen deformada: en los últimos 40 años el retroceso ha sido constante en todos los terrenos. La degradación que arrastra a todas las demás se ensañó con una de las principales instituciones en todos los países civilizados: la moneda, actualmente inexistente en sus funciones más básicas de reserva de valor.

Se estima que hoy día el 44% de la población argentina está sumida en la pobreza.

Este catastrófico porcentaje asciende a un 66% si consideramos los niños: 2 de cada 3 son pobres y/o están privados de derechos básicos como educación, protección social, vivienda digna, etc.

Ya en 1992 Alfonsín había corregido su frase: “Creo que con la democracia, se come, se cura y se educa, pero no se hacen milagros.”

De todas formas podemos muy bien considerar la frase verdadera, ya que los países más prósperos del mundo son precisamente los democráticos, con lo cual la

conclusión sería que en realidad no hemos tenido democracia, ya que no se come ni se educa ni se cura.

En el Boletín Nº 115 de Vértice Cultural, mayo/junio de 2021, ilustrábamos sobre las diferentes “formas de gobierno”. Allí se dice:

Es célebre la clasificación de Aristóteles de las formas de Gobierno: Monarquía (gobierno de uno solo que puede degradar en tiranía); Aristocracia (gobierno de pocos que puede degradar en oligarquía); Democracia (gobierno de muchos que puede degradar en demagogia).

¿No será que en vez de democracia tuvimos demagogia? Si la definición de Alfonsín es verdadera, éste podría ser el caso.

En la demagogia el gobierno del pueblo se concreta a través de la degradación y la prebenda fácil, los “derechos” sin obligaciones, la propaganda y la desinformación, etc. Aristóteles define al demagogo como “adulador del pueblo”. El imperio de la Constitución deja de ser un fin en sí mismo, para convertirse en un medio que puede ser violentado impunemente según las necesidades del demagogo de turno. El estado de derecho se resiente dando lugar a tentaciones autoritarias.

En resumen y para concluir: Con la demagogia no se come, no se educa, no se cura.